

## REFLEXIONES EN TORNO AL PENSAMIENTO DE DON JESUS REYES HEROLES

**Rafael Segovia**

Pocas ocasiones presentan más dificultades que aquellas donde se está obligado a escribir —no pretendo analizar nada— de una persona con quien se ha convivido durante años. Cuando tengo que referirme a la vida y a la obra de Don Manuel Pedroso, de Don Daniel Cosío Villegas o, como en este caso, de Don Jesús Reyes Heróles, me siento no sólo dominado por una especie de terror sagrado, sino ante una suerte de vacío. Aquello que no sólo nos rodea, sino que nos ha formado e informado, aquello que se ha hecho consustancial con nosotros mismos, no tiene la distancia necesaria para poder ser visto u observado como algo objetivo. Lo que del pensamiento de Reyes Heróles hoy forma parte del mío no puede ser analizado por mí. Y no sólo me referiría a mí. Las ideas de Don Jesús forman parte de lo que podríamos considerar el pensamiento del México de hoy —sin distinción de partidos, corrientes de opinión o escuelas—. Con todo, una aportación definitiva de Reyes Heróles ha ido a integrarse a lo que podríamos llamar la ideología dominante. No son muchos quienes lo han logrado.

Mi segunda confesión o excusa sería que no es empresa de poca monta hacer referencia al pensamiento internacional de Don Jesús. No dudo sobre su existencia, pero confieso mi ignorancia del tema. Como Director de Petróleos Mexicanos, Presidente del Partido Revolucionario Institucional, Director del Instituto Mexicano del Seguro Social, Secretario de Gobernación y de Educación, tuvo obligatoriamente que detenerse ante los problemas internacionales; se debió sentir obligado a examinar las consecuencias externas de su actividad política y meditar acerca de los resultados de su acción fuera de México. En muchas ocasiones le oí discutir estos temas, pero, en un hombre devorado por la actividad política, la vida nacional ocupaba en su preocupación un lugar tan privilegiado que no dudó en recurrir a una tesis que podríamos llamar reduccionista: “la política internacional de un país es la continuación o proyección de su política

interna” escribía o, mejor aún, decía en 1972. La actividad internacional de México iba, pues, dictada por cuanto sucedía en el frente interno, y ese frente interno lo conoció como pocos.

Raras cosas le irritaban más que la manida tesis weberiana sobre la distinción y separación del sabio y del político, de la moral de valores y la moral de fines. Había en primer lugar, un problema de orgullo que le llevaba a negarla por considerarse, con toda razón, partícipe de ambos mundos y, en segundo, la mala lectura que se hacía del texto de Max Weber. Tratándose de un modelo ideal, tal modelo sólo de manera imparcial e imperfecta se reproducía en la realidad, a lo que se debía añadir el hecho de que Reyes Heróles jamás se consideró ni un modelo ni un ideal. El político, dentro de su complejidad y de ser responsable ante la circunstancia, era, para él, inmutable e irreproducible. Nadie es Bismark o Cladstone o Lincoln: las copias no sirven y, si alguien pretende ser copia de alguien, está condenado irremediabilmente al fracaso.

Así pues, un intelectual y un político. Pero no dos hombres que corrieran por vías paralelas porque, para él, su trabajo intelectual debía reproducirse en hechos concretos o, en el peor de los casos, en intenciones concretas, claramente formuladas, inteligibles para todo el mundo. De ahí que, sin ser lo que se puede llamar un político doctrinario, la lectura de sus escritos nos remita siempre a una doctrina organizada lentamente, nacida del contraste constante del pensamiento y de la realidad, o de lo que designó con una fórmula especialmente feliz, la imaginación organizada o la organización de la imaginación, pues ambas aparecen y se alternan en sus obras. Para mí, la organización de la imaginación conduce por el camino más corto al hombre de Estado que, de serlo, es un visionario de la posible. Ilusionado —siempre—, sensato, comedido y valiente. En una sola frase, la antítesis y la negación de la demagogia. Búsquese a lo largo y a lo ancho de sus escritos y discursos una oración de halago. Cuando alguna aparece, se

dirige a alguien que ya no está en el mundo de los vivos y, por lo tanto, no puede tener el menor efecto personal. De ahí, también, un hecho insólito en la vida política de México: un hombre rodeado de amigos incondicionales y sin clientela, lo que podría aparecer como una contradicción en los términos, y no lo es.

Anotaba líneas arriba que Don Jesús no fue un político doctrinario, lo cual no le impide remitirse de manera casi permanente a una doctrina que, todos lo sabemos, fue el liberalismo. Pero su liberalismo, el liberalismo social, que estudió con una acuciosidad admirable en la historia mexicana del Siglo XIX. Mucho se ha escrito y más se ha dicho sobre esta visión de nuestra historia, alegándose, no sin argumentos, que el liberalismo se desentendió de los problemas de la sociedad, limitándose a su papel de gendarme, de simple guardián en los contratos firmados libremente por los individuos.

En primer lugar, debe señalarse la multiplicidad de liberalismos. No hay un liberalismo sin adjetivos ni epítetos, que sería algo así como el tipo ideal del liberalismo. Pero aún ni en ese caso encontraríamos un arquetipo del que derivaran todos los liberalismos más o menos perfectos o semiperfectos que se conocieron en el siglo pasado y resurgen en el nuestro. En segundo lugar, Don Jesús Reyes Heróles, como dicen los franceses, *connaissait ses classiques*, a lo que debemos añadir sus modernos y sus contemporáneos. Croce escribía, en *La Historia como hazaña de la Libertad*: "la historia es el hecho de entender y comprender, inducido por los requerimientos de la vida práctica". Con esta oración bastante obscura y germanizante nos decía que cada época escribía su historia para las necesidades del momento o circunstancia presente. A finales del siglo pasado y principios del presente hubo el ejemplo de Justo Sierra, quien en verdad inventa lo que podríamos llamar la historia *oficial* de México que, matiz más o matiz menos, es la que estudian hoy día los niños y adolescentes en las escuelas mexicanas.

Reyes Heróles, liberal hasta los tuétanos, sólo muy parcialmente siguió a Sierra, otro liberal. El caso es que en el adjetivo está la diferencia y esta diferencia es todo.

Del liberalismo ambos toman y defienden a las llamadas hoy libertades formales, las que no dejan de verse sin un dejo de desprecio. Libertad de pensamiento, de creencia, de reunión, de publicación, de asociación. Justo Sierra y Reyes Heróles sin embargo van a romper en un punto: el papel del Estado. Decimonónico, el Secretario de Educación

del General Díaz, reduce al Estado a las proporciones mínimas; el Secretario de Educación de Miguel de la Madrid, las amplía considerablemente pero, a la par, como su antecesor, las contiene y limita. El Estado para Reyes Heróles cumple una función de clarividencia que un individuo puede igualmente poseer, pero que no podrá cumplir ni imponer. Reequilibrar una sociedad que nunca ha conocido el equilibrio, igualar a una sociedad injusta, llevar a la participación a una sociedad ajena a la vida política es obra de voluntad instrumentada a través de la educación y no de la simple instrucción. Educación desde luego no limitada a la escuela: partidos, sindicatos, asociaciones civiles, ejército, todos participan de esta obra que, en resumidas cuentas, no es obra de unificación nacional sino de construcción de la nación.

"Un gobierno autoritario — escribía Don Jesús — termina fatalmente por ser totalitario". La otra cara del liberalismo aparecía como un alegato y un trabajo en favor de la democracia, que debía empezar por sus cimientos, por una libre elección de los gobernantes. Pocos mexicanos han hecho más en favor del sufragio efectivo que Don Jesús. La Reforma Política fue su tarea, en 1976 criticada violentísimamente por el poder y por la oposición, hoy alabada por todo o casi todo el mundo. La Reforma tuvo cortapisas e imperfecciones, incluso contradicciones; fue, con todo, un acto político claro e inequívoco. Se intentó encauzar la vida política por un camino, por un hecho acotado y seguro, que desemboca forzosamente en la organización democrática de las instituciones políticas. La democracia tenía para Reyes Heróles, entre otras virtudes, la de dar vida a la sociedad civil, incapaz de desarrollarse en un medio autoritario, menos aún en un totalitario. "La sociedad laica — nos dice —, personalista, con libertad de conciencia, con supremacía civil, con la posibilidad, respetando todas las creencias de que el hombre vaya civilmente de la cuna a la tumba, es una herencia preciada de los liberales que son nuestros antecesores ideológicos en el siglo pasado".

En la sociedad plural que anhelaba e intentaba poner de pie, la uniformidad quedaba desterrada. Se ha convertido en un lugar común decir: "lo que resiste apoya", y, para quienes no lo sepan — que supongo serán muy pocos —, fue él quien inventó lo que ya es un apotegma de la política mexicana. Si inventó la Reforma Política fue porque había una crisis que debía ser resuelta con "imaginación organizada" y ésta exigía una oposición imaginativa y organizada a su vez. Pensada para la izquierda

fue la derecha quien capitalizó la Reforma. Sé que este "efecto perverso" no le afectó, pues la imaginación se lleva mal con la soberbia y peor aún la falta de imaginación con la política.

El respeto por el otro, la aceptación de las ideas contrarias e incluso adversas no fueron, para Reyes Heróles, nunca un problema. No deja de asombrar leer bajo su pluma una cita de Gómez Morín, precisamente en un discurso pronunciado por Don Jesús en una reunión priísta.

Tolerancia no significó para él nunca populismo. Quien hace de la política una actividad cotidiana conoce en primer lugar la complejidad de esta actividad e, inmediatamente, el orden profundo que existe bajo la aparente improvisación y su sedicente espontaneísmo. Partidario acérrimo del gobierno representativo, defendió, cuantas veces vino al caso, la responsabilidad del gobernante y del político profesional en sus terrenos, si bien sometidos a lo que hoy se llama la política-espectáculo, obligados a comparecer y responder sólo ante instancias instituidas. "Cabe preguntarse: — escribe en *Revolución y desarrollo político*— ¿En qué país el gobernante consulta las decisiones de Estado al partido que lo llevó al gobierno?. ¿Sería posible llevar los asuntos del Gobierno a asambleas populares, a mítines populares?. Que yo sepa, no ocurre en ninguna parte". El poder tenía sus representantes, la oposición los suyos, lo necesario era partir de esa confrontación para convencer y vencer, alejándose en todos los casos de la violencia para no atentar contra el poder necesario dentro de toda sociedad y propiedad del Estado — como acostumbraba señalar, repitiendo a Herman Heller— no de los políticos.

Anoté en un principio cómo creía ver en sus increíbles lecturas un deseo de encontrar una verdad —o una serie de verdades que le permitiera fincar una "praxis" menos dependiente de la pura expe-

riencia personal y por ende más amplia y segura. Si nos detenemos un momento en su concepción del poder del Estado —siempre uno— comprendemos su construcción de la Reforma Política, anunciada, por lo demás, años antes de llevarse a cabo. La imaginación sin la voluntad no da mucho; imaginación y voluntad sin el sentido de la oportunidad, sin eso que se llama intuición política, sin esa experiencia acumulada y decantada que permite leer cuándo se da el cúmulo de circunstancias necesarias para emprender la acción esperada, sin todo esto y mucho más, no hay político. Su admiración por Mirabeau venía seguramente de ahí, aunque Mirabeau fracasara y Francia con él.

Pero no todo en el político es racionalidad, cálculo y sentido de la oportunidad. La gracia, la ironía, la impertinencia en su momento, el sentido del honor son ingredientes indispensables, al menos para tener un estilo propio, un algo que le haga inconfundible. Y debe tener además convicciones no exhibidas todos los días, seguridades que no sean un escudo sino un zócalo firme e inconfundible. Por eso no diré nada ni de su nacionalismo ni de su patriotismo, siempre presentados casi como una letanía: defensa de los recursos naturales, preservación de la soberanía, respeto a los tratados. Y esta voluntaria ausencia de explicitación escondía un patriotismo tan ardiente y sombrío como el del más patriota.

Sus escritos —y jamás el posesivo se puede emplear con mayor propiedad, pues nunca leyó una línea que no fuera suya y sólo suya— son un modelo de racionalidad política, de agudeza, y de arte de ingenio; su carrera, su *cursus honorum*, es envidiado por quienes han hecho de la política una profesión; su cultura seduce en cuanto se advierte. Hombre completo, desconcertante por lo mismo, si tuviera que resumirlo, con la injusticia que esto implica, no dudaría en decir: Don Jesús o el político.